

# NOTAS

## «L'OSSERVATORE ROMANO»: ORIGENES Y EVOLUCION

«La víspera de los sucesos de Porta Pía sólo se publicaban en Roma dos diarios: *L'Osservatore Romano*, nacido en 1861, que se transforma después en el portavoz de la Santa Sede, y el *Giornale di Roma*, portavoz oficial del Estado Pontificio» (1).

Por consiguiente, la prensa romana había sufrido un replanteamiento radical con respecto al período anterior. Fue, sobre todo, drástica, la reducción del número de hojas —más bien desde el punto de vista estadístico que político— en relación con la República. Queriendo hacer, aunque sólo sea una comparación indirecta, podemos decir que, durante la República Romana, la vivacidad que caracterizó a la actividad de la prensa tuvo como consecuencia que naciese —y también que muriese— un número increíbles de hojas y folletos que veían la luz y que, al poco tiempo, dejaban de publicarse. Este era el mayor indicio de una exaltación que parecía haber afectado a aquel mundo extraño y multiforme que había germinado en torno a las frágiles y demagógicas instituciones republicanas.

Como muy acertadamente señala Barbieri: «Con los acontecimientos del 15 al 16 de noviembre de 1848, las elecciones para la Asamblea Constituyente y la instauración de la República, comenzaron a pulular una serie de hojas; nacieron y murieron unas cuantas; tan sólo alrededor de unas treinta tuvieron una vida lo suficientemente larga como para desempeñar, con menor o mayor eficiencia, la función que se proponían en relación con la opinión pública. Y si pensamos en la extensión y en la población de la Roma de entonces, llegamos a la conclusión de que estas cifras son más que respetables e indican un interés público que también puede maravillar a quien conoce el furor popular de las democracias nacientes» (2).

---

(1) FRANCESCO MALGERI: *La stampa cattolica a Roma de 1870 al 1915*, Brescia, 1965, página 18.

(2) CARLO BARBIERI: *I giornali romani nel 1849*, Roma, 1949, pág. 16.

En un período notoriamente más amplio, o sea de 1870 a 1915, Malgeri registra (3) 105 nombre de periódicos. Tenemos que decir que sólo 105 nombres. Si hiciésemos una comparación entre las cifras indicadas por Barbieri y las señaladas por Malgeri, inmediatamente veríamos la desproporción existente entre el período republicano y aquel otro que se corresponde con la vuelta de los católicos a la vida pública, después de Porta Pía.

¿Razones de esta desproporción? Numerosas y de carácter distinto: ideológicas, sociales, económicas, etc. En resumen, con los sucesos de 1848-1849, los pocos y agitados meses de vida de la República mazziniana determinaron que se produjese en Roma una especie de frenesí, básico para el florecimiento de las publicaciones. Para poder entendernos mejor, las hojas impresas hallaron en los acontecimientos de 1848 un terreno de lo más abonado para la proliferación tumultuosa e irregular. En cambio, durante los cuarenta y cinco años comprendidos entre 1870 y 1915, los católicos adoptaron una actitud defensiva y la germinación de las hojas «clericales», o que se pueden presumir como tales, sufrió las consecuencias de esta situación excepcional.

Por lo tanto, las comparaciones son sólo de carácter estadístico y nada tienen que ver con el contenido y la orientación de las hojas que nacieron y vivieron en los dos períodos de tiempo antes indicados. En efecto, mientras los periódicos católicos registrados por Malgeri (4) eran todos de tendencia «clerical» o, por lo menos, acentuadamente católica, los que germinaron durante la República romana eran «todos, más o menos, de tendencia liberal y se distinguieron por las diferentes dosis de progresismo que adoptaron y por la posición asumida en relación con el Pontífice» (5).

Por consiguiente, establecer una comparación entre los dos periódicos sólo supone someter a la atención del estudioso elementos adecuados para elaborar una historia orgánica de la prensa católica. Sin especiales intenciones o sin finalidades específicas.

Por lo demás, la historia de la prensa católica se halla estrechamente ligada a la historia de las organizaciones católicas que surgieron después de 1874, y a la historia, más amplia, del movimiento católico en su conjunto y en sus relaciones con otras fuerzas políticas que actuaban en el plano nacional. Sería demasiado largo y caería fuera de los bien precisos fines de este estudio, ilustrar los diversos aspectos del mismo. Limitémonos, pues, a reconstruir con una cierta y comprensible aproximación los precedentes de lo que va a ser el portavoz de la Santa Sede, *L'Osservatore Romano*. Estos preceden-

(3) FRANCESCO MALGERI, Op. cit., págs. 361-363.

(4) FRANCESCO MALGERI, Op. cit.

(5) CARLO BARBIERI, Op. cit., pág. 16.

tes pueden identificarse con sólo tener en cuenta los factores ambientales que determinaron la evolución de las hojas que, por su importancia, jugaron un papel de primer orden en el mundo católico oficial.

El árbol genealógico de *L'Osservatore Romano* hace que, indirectamente, tengamos que remontarnos al *Diario di Roma* para poder ver sus orígenes. Sobre las «ruinas» de éste (6) vio la luz el 17 de enero de 1848, la *Gazzetta di Roma*, que el 27 de enero de 1849 cambió su nombre por el de *Monitore Romano*.

Los tres periódicos indicados, aun teniendo un planteamiento ideológico, no pueden ser considerados a todos los efectos como portavoces oficiales de la Santa Sede.

La primera «hoja oficial pontificia» fue el *Giornale di Roma*, creado el 6 de julio de 1849 para subsistir o como continuación del *Monitore Romano*, que según Malgeri «fue el portavoz oficial de la República romana» (7). En efecto, desde el 27 de enero al 3 de julio de 1849, el *Monitore Romano* llenó el vacío dejado por la *Gazzetta di Roma*. Lo llenó no sólo desde el punto de vista ideológico —claro está—, sino desde el punto de vista periodístico, en cuanto hoja oficial que pasaba a ocupar el puesto de otra hoja «oficial».

La *Gazzetta di Roma* fue siempre diaria (salía todos los días, excepto los festivos). De gran formato —45 × 32—, venía impresa en cuatro, seis e incluso diez páginas a tres columnas. Las noticias se distinguían en «Parte oficial» y «Parte no oficial»; seguía, después, un noticiario del interior y otro del exterior. La única diferencia era que la *Gazzetta di Roma* llevaba encima de la cabecera el blasón con la tiara pontificia, que, naturalmente, no tenía el *Monitore Romano*, nacido tras la fuga del Papa a Gaeta, y que vuelve a aparecer sobre la cabecera del *Giornale di Roma* (8).

El *Giornale di Roma*, creado precisamente el 6 de julio de 1849, tenía un formato de 46 × 30, se imprimía en la Tipografía de la Reverenda Cámara Apostólica, y vivió hasta el 19 de septiembre de 1870.

El 19 de septiembre de 1870, mientras las tropas italianas se disponían a entrar en Roma, el portavoz de la Santa Sede publicaba esta nota: «La tranquilidad pública sigue siendo admirable, y cada vez es más numerosa la afluencia de la fiel población a los sagrados templos, en los que se hacen plegarias extraordinarias para implorar la divina ayuda en las actuales y desgraciadas circunstancias. Superior a todo elogio sigue siendo, pues, el com-

(6) CARLO BARBIERI, Op. cit., pág. 37.

(7) FRANCESCO MALGERI, Op. cit., pág. 18.

(8) CARLO BARBIERI, Op. cit., pág. 37.

portamiento de cada arma, así como el de las milicias ciudadanas que con creciente actividad afrontan las incomodidades y el cansancio» (9).

Fue la última comunicación de la hoja, que el 20 de septiembre, día de los sucesos de Porta Pia, no salió, al igual que *L'Osservatore Romano*.

Paralelamente a este filón periodístico que podríamos llamar «oficial», se desarrollaba otro filón que, aunque «oficioso», desempeñó un papel de primordial importancia; sobre todo, en el plano político, y que fue el origen del actual *Osservatore Romano*.

El 17 de junio de 1848 se creó *Il Costituzionale Romano*, periódico que salía tres veces por semana y que tenía un claro sabor «clerical». Se imprimía en cuatro páginas (45 × 32) a tres columnas. En la primera página, un «espacio» para «amenidad de la gaceta» —aquí la palabra era utilizada precisamente en el sentido literal de pequeña urraca—, que consistía en comentarios burlescos o satíricos sobre los acontecimientos del día (10).

*Il Costituzionale Romano* podía encuadrarse dentro de lo que hoy se ha dado en llamar posiciones clerical-conservadoras. Muy fiel a la causa del Pontífice, consiguió sobrevivir durante la República romana, aunque con grandes dificultades, bajo amenazas y violencias de todo tipo y sufriendo presiones e interrupciones.

Pero esta fidelidad no tuvo la recompensa adecuada por parte de las autoridades pontificas, que, una vez fracasada la República, el 13 de julio de 1849, decretaron la supresión de todos los periódicos que habían visto la luz durante la breve y demagógica experiencia revolucionaria.

*Il Costituzionale Romano* no se salvó. Este periódico salió por última vez el 13 de julio. Durante su breve existencia tuvo como directores a Domenico Battelli y a Luigi Ceccarelli.

En su lugar y, desde luego, a continuación de su obra, vio la luz, algo menos de dos meses después, *L'Osservatore Romano*.

Esta nueva hoja nació el 5 de septiembre de 1849.

En la «Introducción» publicada en el primer número, se decía: «Hoy por primera vez vuelve a salir *Il Costituzionale* con otro nombre, con otra presentación...». Por consiguiente, se declaraba formalmente el vínculo entre los dos periódicos. Por otra parte, una serie de elementos vienen a demostrar que se trató nada menos que de una operación para recuperar una cabecera que había sido suprimida en circunstancias políticas excepcionales.

El propio Barbieri, muy acertadamente advierte: «En efecto, aunque el título fuese distinto (se le añadieron dos lemas: ley —a la izquierda, debajo

(9) *Giornale di Roma*, 19 de septiembre de 1870.

(10) CARLO BARBIERI, *Op. cit.*, pág. 62.

de la cabecera— orden a la derecha) y la numeración volviese a empezar desde el uno, era evidente que se trataba del mismo periódico. Igual, excepto el nombre, la disposición de la cabecera, igual el formato, el número de páginas y columnas; los mismos criterios de paginación con el «espacio dedicado a amenizar», al principio a causa de la «gazzetta»; las mismas condiciones de suscripción, idénticas advertencias en cuanto a anuncios y forma de pago. Igual, también, el precio del periódico; sin embargo, en éste venía incluido el precio del «timbre».

También las oficinas seguían siendo las mismas, en Vía del Corso, 286. Como gerente responsable, Pier Luigi De Sanctis, ya director responsable del *Costituzionale*, pero sólo durante algunas semanas, hasta el 1.º de octubre.

Del 3 de octubre al 31 de diciembre firmó «como gerente responsable uno de los propietarios, F. Battelli», que ya había estado en el *Costituzionale*. También la imprenta, la de los herederos Paternó, fue durante los primeros tiempos la misma; después, *L'Osservatore Romano* pasó a la imprenta Battelli (11).

*L'Osservatore Romano* salió tres veces por semana hasta diciembre de 1850, y diariamente de 1851 en adelante. Fue suspendido el 2 de septiembre de 1852 por razones difíciles de explicar, y que, de todos modos, hay que buscar en la incierta situación en que vivía la prensa de aquella época, incluso la más fiel a las directrices oficiales.

¿Qué vínculos existen entre *L'Osservatore Romano* de 1849 y *L'Osservatore Romano* de 1861. o sea, la actual hoja que se remonta a aquella fecha? Las opiniones son diversas. Según Barbieri (12), existe una relación directa, puesto que la hoja fundada en 1849 fue «suspendida el 2 de septiembre de 1852 y volvió a aparecer el 1 de julio de 1861, a instancias del marqués Augusto Baviera».

Sin embargo, la fuente más directamente interesada y oficial opina de distinto modo: «Por lo demás, diez u once años antes, otro periódico, desaparecido poco después del retorno del Papa, se había llamado ya *Osservatore Romano*. Y con el mismo nombre, el marqués Augusto Baviera había pensado imprimir, en agosto de 1860, un periódico que saliese dos veces por semana: periódico —según él explicaba en su solicitud de autorización ministerial— en el que la política se hubiera limitado «a señalar los principales acontecimientos del día»; mientras tanto, la «finalidad principal de la hoja» sería «publicar cuanto pudiera ser útil a las ciencias, a las letras, a las

(11) CARLO BARBIERI, Op. cit., pág. 63.

(12) CARLO BARBIERI, Op. cit., pág. 63.

artes»; y otro «importante argumento» de estudio serían «los teatros y, sobre todo, las obras que en los mismos se representaban».

Pero la petición de Baviera fue desoída; sin embargo, *L'Osservatore Romano* recibió la aprobación del Consejo de Ministros y la soberana de Pío IX. Era junio de 1861 (13).

Evidentemente, ningún vínculo directo puede vislumbrarse entre las dos iniciativas. Dos consideraciones dan fe de lo que acabamos de decir.

Ante todo, el hecho de que es imposible hallar la mínima relación entre *L'Osservatore Romano* de 1849 y el de 1861: ningún nombre en común, ninguna fuente financiera, ningún interés político. Y, después, el hecho —evidente— de que entre una y otra iniciativa no existe más analogía que la de las cabeceras: coincidencia que para los promotores de *L'Osservatore Romano* de 1861, claramente derivaba de considerar eficaz un título ya probado. Por lo tanto, si es que puede hablarse de relación, sólo se podrá hacer en cuanto a un hecho puramente estructural.

Por lo que a las precedentes iniciativas se refiere, el razonamiento puede ser más amplio y penetrar en los diversos aspectos de la vida política de aquella época.

Empecemos por decir que confeccionar un periódico en el 800 era, al mismo tiempo, fácil y difícil. Fácil, porque el periódico no tenía que satisfacer las exigencias que el progreso de la técnica ha impuesto hoy día.

El periódico, durante el siglo pasado, era un hecho, digamos, puramente mecánico, que no llevaba consigo el compromiso inmediato que, sin embargo, es hoy característico de la información de alto nivel.

Pero, en aquella época, hacer un periódico era difícil también, porque solía servir para lo que en realidad era y para lo que aparentaba. En concreto, se cuidaba más del contenido que de la forma, y es, precisamente, gracias a la consistencia de este contenido que la incidencia del periódico sobre el plano de las realizaciones era mayor o menor.

Por consiguiente, el esfuerzo constante era básico para el éxito de una iniciativa, mientras que la consistencia ideológica de las tesis propugnadas hacía el resto.

Al hacer el análisis de las cabeceras que precedieron a *L'Osservatore Romano* de 1861, no tendremos en cuenta los factores doctrinales. Sería inútil. Limitémonos a señalar que la evolución de los diferentes periódicos aparecidos a partir de 1848 se halla directamente relacionada con los factores políticos que caracterizaron aquel período tan agitado y denso de hechos importantes para la vida de nuestro país en general y del mundo católico en particular.

(13) *L'Osservatore Romano*, 1 de julio de 1961.

Cuando en 1861 se decidió dar vida a lo que todavía es hoy *L'Osservatore Romano*, portavoz de la Santa Sede, aparece una leyenda que todavía encuentra hoy cierto crédito.

«El marqués Augusto Baviera, ahijado de Pío IX y guardia noble, había fundado el periódico hacia 1861, cuando desapareció el Estado Pontificio. De este modo, después de 1870, como el Vaticano no tenía ya ningún otro medio de dar a conocer su propio pensamiento, *L'Osservatore Romano* se convirtió en el portavoz oficioso de la desposeída Santa Sede» (14).

La verdad es otra, y por citro, bastante diferente. Merece la pena considerarla tal y como la explica una fuente oficial.

En 1860, con la conquista de las Legaciones por parte de los Piamonteses —el Reino de Italia se hubiera proclamado al año siguiente— el Estado Pontificio quedó reducido al territorio del actual Lazio: es decir, a las Deiegaciones de Viterbo, de Velletri y de Frosinone, y en el centro la Presidencia de Roma y Comarca.

Y a la Dominante —como todavía se decía entonces— se habían retirado, expulsados de todas partes, cuantos hombres políticos estaban o se creían comprometidos.

«Vinieron a unirse a éstos un abogado de Forli, Nicola Zanchini, y un periodista de Bolonia, Giuseppe Bastia, muy odiado por los vencedores a causa de un artículo sobre la caída de Gaeta, y todavía más por haber defendido a monseñor Ratta en los Tribunales durante el famoso proceso del cardenal Viale-Prelá.»

Una vez en Roma, y con objeto de poder subsistir, Zanchini solicitó permiso para publicar un periódico político, y a su petición se unió Bastia, que no se hallaba en mejores condiciones económicas que aquél.

«De las muchas desgracias que ambos prófugos tuvieron que soportar, por lo menos en esto tuvieron suerte: su petición cayó en el momento oportuno. Porque, precisamente, en aquel verano de 1860, el ministro del Interior suplente, Pacelli, pensaba publicar un periódico, *L'Amico della Verità*, que ante todo tuviese como finalidad "desenmascarar" —y "refutar", según se añadirá después en el reglamento ministerial— "cuantas calumnias se lanzan contra Roma y el Pontificado romano". Además, el proyectado periódico debería también "dar a conocer los acontecimientos más importantes del día en Roma", "recordar los principios inconcusos que constituyen la base del catolicismo", "instruir en los deberes que se tienen para con la patria" y "persuadir y promover la veneración hacia el Pontífice y el Rey".»

---

(14) *L'Osservatore Romano*, 1 de julio de 1961.

«Todo esto y nada más precisaba el primitivo reglamento del naciente diario para toda actividad futura.

En resumen, los artículos del periódico deberían depender de los artículos del reglamento ministerial.

En efecto, este reglamento aconsejaba que: «Los artículos deberían ser siempre los artículos a que se refiere y menciona el reglamento, quedando excluidos, por consiguiente, cualquier argumento que allí no se contemple.»

«Después, se volvió a estudiar y con una apostilla se concedió que se podría "recoger e ilustrar también todo aquello que en materia de arte, letras y ciencias merezca ser señalado al público y, sobre todo, los inventos y aplicaciones relativas que se lleven a cabo en los Estados Pontificios". Y esta fue la semilla ochocentista de la novecentista "quinta página" cultural.

»Quedaba el problema del control gubernativo. Este se soluciona no sólo con la provisión —entonces normal— de un censor eclesiástico para las cuestiones religiosas, sino confiando la responsabilidad y revisión a un celoso y honrado hombre que ofrecía a los superiores toda clase de garantías: el *vacalier Servi*.

»Pero cuando se hubo terminado de perfeccionar el proyecto gubernativo, el ministro suplente Pacelli comprendió e hizo comprender que por fin había nacido, entre tantos vínculos e inhibiciones, un inerte duplicado del *Giornale di Roma*: diario oficialísimo —cada copia era sellada por la policía— que de 1849 a 1870 vino narrando todas las tardes la lista de los acontecimientos de Palacio, de Campidoglio, de las Embajadas, del Vicariato de Roma y Comarca.

»Por este motivo, Pacelli desvinculó cuanto pudo a los dos directores; y sólo se quedó con lo que de verdad era fundamental: es decir, con la propiedad encubierta, pero efectiva, del Ministerio. Y, precisamente, un artículo del reglamento precisaba que "la concesión de dicho periódico no da a los citados señores abogados Bastia y Zanchini ningún derecho de propiedad para poderlo transferir a otra persona en concepto de cesión, sociedad, participación, intereses o donación gratuita".

»Se llega, así, a una combinación jurídica, por la que el Gobierno se reservaba —como se ha visto— la propiedad del título y el control ideológico, mientras ofrecía algunas ayudas económicas por medio de ventajas fiscales y subvenciones en forma de suscripciones por las autoridades provinciales; por otra parte, ambos directores estaban autorizados para obtener cualquier ventaja económica de la naciente Empresa, bien fuese con las ventas y suscripciones o con las contribuciones especiales de los sodalicios católicos y de los particulares. Y, por consiguiente, el Ministerio autorizó a Zanchini para contraer una deuda personal de tres mil escudos con el duque Scipione Salviati, y de otros doscientos escudos con el abogado Lasagni.

«El Ministerio consintió también en cambiar el título del periódico... Ya no *L'Amico della Verità* católica, de la verdad religiosa, sino *L'Osservatore Romano*; es decir, el observador de los hechos políticos desde aquel centro que es Roma» (15).

De este modo, el 1 de julio de 1861, entre dudas e incertidumbres, vio la luz *L'Osservatore Romano*.

El periódico era resultado de una fórmula híbrida, y no se comprende cómo pudo autorizarse esta publicación que podía hacer la competencia al *Giornale di Roma*. Uno y otro suspendieron sus publicaciones el 19 de septiembre de 1870; pero, mientras *L'Osservatore Romano* las reemprendió en octubre, el portavoz oficial pontificio dejó de existir (16).

*L'Osservatore Romano* había sido creado para recompensar a Zanchini de su fidelidad a la causa católica y para permitirle vivir en el exilio romano. Sólo después se asoció Bastia a Zanchini. «Ambos directores se mostraron muy fieles a su programa político. Su primer artículo fue programático. Se iniciaba un gran diálogo que, con luchas alternativas, iba a durar otro medio siglo más» (17).

Pero por muy grande que pudiera ser el agradecimiento que la Santa Sede debiera sentir para con los exiliados emilianos, parece que la creación de un diario es en verdad excesivo. Sobre todo, teniendo en cuenta que la situación del Estado Pontificio en aquel momento distaba mucho de ser optimista, y el nacimiento de un diario —aunque confiado a dos conservadores fieles a las directrices eclesiásticas, como Zanchini y Bastia— sólo podía acarrear nuevas preocupaciones y dificultades.

De este modo, es necesario añadir que el periódico nació gracias a la iniciativa de espíritus inspirados y clarividentes, como el del ministro del Interior suplente Pacelli, que se daban cuenta de que la situación de incertidumbre creada por la expansión del Reino de Italia no duraría mucho, siendo de este modo necesario aportar aquellos instrumentos necesarios para una renovada defensa de las posiciones católicas. Instrumentos renovados, adecuados a los tiempos y en condiciones de cumplir aquellas funciones destacadas que hojas con un planteamiento ideológico bien definido, como el *Giornale di Roma*, no se hallaban en condiciones de llevar a cabo.

Había, pues, cierta veracidad en la «leyenda del marqués de Baviera».

(15) ANDREA LAZZARINI: «La vera nascita de *L'Osservatore Romano*», en *L'Osservatore Romano*, 1 de julio de 1961.

(16) FRANCESCO MALGERI, Op. cit., pág. 18.

(17) P. G. COLOMBI: «Sette direttori per un secolo», en *L'Osservatore Romano*, 1 de julio de 1961.

Esta parte de verdad es más notoria si se tiene en cuenta que el propio Baviera —figura demasiado destacada y ligada a los ambientes oficiales pontificios— no fue, en un principio, investido de funciones directivas. Ingresó en *L'Osservatore Romano* como redactor ordinario, y más tarde, como «un socio más de la Empresa» (18). Sólo en 1866 asumió la total responsabilidad de esta Empresa.

Así pues, en una primera etapa se quiso presentar a *L'Osservatore Romano* como la iniciativa espontánea adoptada por los «fidelísimos a la causa católica, expulsados de sus casas precisamente por su devoción al Pontificado y llegados a Roma —último baluarte de la legitimidad católica— para proseguir un lucha ya desesperada.

Esta, también, fue la razón de que se concediese cierta libertad al periódico. Hemos visto como *L'Osservatore Romano* se basó en una fórmula jurídica híbrida: mezcla de asociación entre el Estado Pontificio y un grupo de particulares.

En resumen, en aquella época y en aquellas condiciones ambientales, esto era cuanto se podía pretender en materia de libertad de imprenta y de autonomía de las Empresas.

Parece evidente que incluso para los promotores no estuvieron demasiado claros los fines iniciales del periódico. Es decir, que a la base de la iniciativa había un sustrato político; pero todavía impreciso. Todo ello es comprensible si tenemos en cuenta el estado de confusión y temor en que se hallaba el Estado Pontificio, cercado ya por un Reino de Italia que cada vez se extendía más y cada día menos seguro del apoyo de Austria y Francia.

Al asumir, el 18 de enero de 1866, la dirección el marqués Augusto Baviera, parecieron aclararse las intenciones de los promotores. Después, el 20 de septiembre de 1870, al precipitarse la situación, *L'Osservatore Romano* fue forzado, quizás a pesar y en contra del parecer de las autoridades pontificias, a asumir un papel que no coincidía con las intenciones de los responsables. El *Giornale di Roma* desapareció bajo los escombros de Porta Pía, y *L'Osservatore Romano* permaneció sólo en la brecha defendiendo la legitimidad católica.

Habían transcurrido nueve años desde su fundación (19).

El acta de constitución de *L'Osservatore Romano* data del 26 de julio de 1861. Bajo las firmas de Zanchini y Bastia, y escrita con tinta diferente, aparece la de Augusto Baviera, junto a la fecha de 18 de enero de 1866. Así,

(18) P. G. COLOMBI, cit.

(19) GIULIANO GAETA: *Storia del Giornalismo* (dos volúmenes), Milán, 1966, página 725.

pues, en el documento oficial se indican las fechas de dos de los primeros actos fundamentales en la vida del periódico: 26 de junio de 1861, redacción del acta de constitución; 18 de enero de 1966, transferencia de la responsabilidad a Baviera.

El «Reglamento para la impresión y publicación del periódico *L'Osservatore Romano*» consta de dos artículos y tres párrafos. El texto completo es el siguiente:

«Artículo 1.º El periódico llevará el título de *L'Osservatore Romano*, y se publicará con una numeración para poder ir formando volúmenes. La publicación tendrá lugar en los días y horas establecidos en el *Manifesto di associazione*, en él estarán también especificados el formato, papel, tipos de los caracteres, precio y otras condiciones de la susodicha asociación.

»Art. 2.º El periódico se propondrá los siguientes fines:

»1. Desemascarar y refutar las calumnias que se lanzan contra Roma y el Pontificado romano.

»2. Dar a conocer los más importantes acontecimientos de la jornada en Roma y fuera de allí.

3. Recordar los principios inconcusos de la Religión Católica, así como los de la justicia.»

«El Ministerio del Interior tomaría cuantas medidas especiales estimase oportunas al respecto» (20).

Debajo de la firma del ministro del Interior se hallan las de Zanchini y Bastia y, más abajo, como ya se ha dicho, la de Baviera.

«La primera redacción tuvo lugar en la plazuela dei Crociferi: con toda probabilidad en el palacete —hoy destruido y reconstruido— que se halla al lado de aquella joyita que es la iglesia de Santa María de Trivio; precisamente, a la derecha de la fuente de Trevi. La primera imprenta tampoco estuvo muy lejos de aquí, porque se prefirió la muy fiel de los Salviucci, instalada en los almacenes que se encontraban en el interior del amplísimo patio del Palacio Colonna» (21).

El equipo de redacción era heterogéneo. Se resentía un poco de la falta de buenos periodistas —en el verdadero sentido de la palabra— y de una cierta inexperiencia de la que dieron buena prueba los entusiastas pero ingenuos fundadores.

---

(20) *Archivio di Stato*, Roma, 162/1.110.

(21) ANDREA LAZZARINI, cit.

Algunas crónicas nos transmiten una lista de primeros redactores: Antón María Bonetti, Ugo Flandoli, Don Nazareno Ignazi, Constantino Pucci, Paolo Pultrini, Telesforo Sarti y Tommaso Bayard de Volo. Todos ellos gente desconocida o casi desconocida, reunida en torno al periódico de una manera más o menos silenciosa, puesto que, a pesar del programa inicial, es muy posible que los propios promotores no supieran cómo comportarse en el plano de las realizaciones.

En efecto, la posición de los fundadores del periódico no era cómoda. Aunque bien vistos por la Santa Sede y alentados para que comenzaran a funcionar, Zanchini y Bastia se daban cuenta de que, en un momento tan difícil, no podían dar un paso en falso. Las primeras actuaciones del periódico, por lo tanto, estuvieron inspiradas por la prudencia. O sea, posición intransigente frente a las autoridades italianas, defensa a capa y espada de la legitimidad católica, pero respeto hacia aquellas normas a las que no tenían más remedio que atenerse quienes emprendían una actividad pública, digamos también política, en un Estado existente en aquella agitada Italia de 1861.

El equipo de redacción se resentía claramente de esta situación, y resulta un poco difícil sostener que contase con elementos particularmente brillantes. De todos modos, cumplió con su deber honestamente, al encauzar una iniciativa que desempeñaría un importante papel en la historia del mundo católico.

En los días anteriores a la salida del primer número, se repartieron en Roma una serie de hojas en las que se daba a conocer el programa y las condiciones de suscripción del periódico.

En ellas se decía textualmente: «*L'Osservatore Romano*, periódico diario que verá la luz a comienzos del 1 de julio próximo. Este periódico saldrá todos los días a las tres de la tarde, excepto las fiestas de precepto. Además de los artículos de fondo y de política, sus columnas darán cabida a todo aquello que merezca ser señalado a la atención pública: cartas, ciencias, artes, nuevos y peregrinos inventos y espectáculos. Una sección dedicada a hechos diversos, así como noticias sobre estadísticas internas, movimientos comerciales, una crónica teatral, etc., se añadirán a los intereses del mencionado periódico. Partes de la suscripción: el precio de la suscripción, al pagarse por anticipado, viene fijado por Roma; un año, 6 escudos; un semestre, 3,10 escudos; un trimestre, 1,60 escudos. Fuera de Roma, con un aumento que se corresponda con el coste de las tasas postales establecidas por los diversos Estados» (22).

De este modo, *L'Osservatore Romano* vio la luz como cualquier otra pu-

(22) *L'Osservatore Romano*, 1 de julio de 1961.

blicación, con una serie de problemas relacionados entre sí y teniendo que afrontar las dificultades que la incierta situación política existente creaba. Sólo nueve años más tarde esta hoja, surgida de manera más o menos anónima y con fines que todavía no están hoy del todo claros, asumió un papel bien definido en el mundo católico, ocupando el lugar del *Giornale di Roma*, y empezando una batalla que iba a durar mucho tiempo.

FRANCESCO LEONI

